

**PALABRAS DE LA SEÑORA DIRECTORA DE LA ACADEMIA DIPLOMATICA DEL
PERÚ (ADP), EMBAJADORA SILVIA ALFARO –**

70º ANIVERSARIO DE CREACIÓN DE LA ADP

(Lima, 18 de Agosto de 2025)

Vocativos individuales

- *Señor, Canciller de la República, Embajador, Elmer Schialer Salcedo.*
- *Señor Viceministro de Relaciones Exteriores, Embajador Félix Denegri Boza.*
- *Señor Secretario General de Relaciones Exteriores, Embajador Eric Anderson Machado.*
- *Señor ex Director de la Academia Diplomática del Perú, Embajador Allan Wagner Tizón*
- *Señor Vicepresidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso de la República, Ernesto Bustamante Donayre.*

Vocativos colectivos

- *Señores ex Directores de la Academia Diplomática del Perú.*
- *Señores Embajadores.*
- *Queridos alumnos de la Academia Diplomática.*
- *Estimados colegas,*

El Maestro, como era conocido Raúl Porras Barrenechea, a poco de dejar el cargo de Canciller luego de acontecer posiblemente su acto más emblemático como diplomático: el famoso discurso y voto en contra de la exclusión de Cuba de la OEA en 1960, y contraviniendo la instrucción del presidente Prado de secundar la posición de los Estados Unidos; con un delicado estado de salud y estando *ad portas* de su fallecimiento, solicitó que su último acto como Ministro de Estado fuera tomar juramento a los alumnos de la primera promoción de la Academia Diplomática del Perú, promoción que lleva su nombre.

En dicha juramentación a los 17 alumnos que egresaban de la Academia, el Canciller les imparte la convicción de que, y cito, “en los jóvenes está la renovación democrática del Perú” y señala lo siguiente:

“He querido que mi último acto en esta vieja casona sea incorporarlos a ustedes, jóvenes herederos de nuestra tradición, al Servicio Diplomático de la República, (...) Quiero que sepan que más allá de las prebendas, de los favores y de las ventajas personales, está la dignidad de los hombres, y por encima, la dignidad de la nación.”

De la mano de uno de nuestros más ilustres diplomáticos, en una ceremonia emotiva, simbólica y con sentido de pertenencia, es que egresa la primera promoción de la Academia Diplomática en 1960.

Señoras y señores,

Con este gran gesto de Porras Barrenechea en mente, al preparar estas palabras, me detuve a pensar en los factores, valores y principios que nos unen como egresados de la Academia Diplomática del Perú.

Hay tres elementos que definen de manera especial a nuestra querida alma mater: la mística que la envuelve, el *ethos* que nos guía y la institucionalidad que la sostiene. Estos tres pilares constituyen el hilo invisible que enlaza a todas las promociones que, desde su fundación - durante la presidencia de Manuel Odría y el Canciller David Aguilar-, han

pasado por sus aulas y han llevado su espíritu más allá de nuestras fronteras.

Cuando hablo de mística, me refiero a ese sentido de propósito y de pertenencia que compartimos todos los diplomáticos y que afianzamos a lo largo de nuestra carrera. Esa convicción de que nuestro trabajo trasciende lo personal, porque se orienta a un objetivo mayor: servir al Perú y a sus ciudadanos.

Esa convicción se forja y se fortalece desde las aulas en la Academia.

Ese espíritu se alimenta de experiencias concretas, algunas aparentemente sencillas pero cargadas de significado. Como directora, por ejemplo, he podido presenciar la ceremonia en la que los alumnos de segundo año hacen entrega de la insignia de la Academia a los ingresantes del primer año.

Basta ver el orgullo reflejado en el rostro de quienes reciben por primera vez el escudo de su nueva Casa para entender que no se trata de un gesto protocolar, sino de un símbolo de identidad y compromiso. A partir de ese momento, cada uno empieza a escribir su propia historia en la tradición diplomática del Perú.

Ser diplomático, además, conlleva el honor y la responsabilidad de ser representantes del Perú. Que no es un país cualquiera: representamos a una nación milenaria, cuna de civilizaciones, tierra de extraordinarios peruanos como Pachacútec, María Parado de Bellido, Ramón Castilla, Miguel Grau, Javier Pérez de Cuéllar, Mario Vargas Llosa, entre tantos otros ilustres compatriotas cuyo legado nos inspira y nos obliga.

Ese legado recae sobre nuestros hombros cada vez que tenemos el privilegio de mostrar al mundo lo que somos: nuestra cultura, nuestra historia, nuestra gente y nuestra riqueza.

Esta mística no surge por azar. Se construye y es el resultado de generaciones y diplomáticos que han dejado huella, inspirando con su ejemplo de vocación de servicio y entrega al país.

Pienso en figuras como el ya citado Raúl Porras Barrenechea, Alberto Ulloa Sotomayor, Víctor Andrés Belaunde, Carlos García Bedoya, Juan Miguel Bákula, Alberto Wagner de Reyna y, más recientemente, nuestro entrañable y querido amigo José Antonio García Belaunde. Y, como máximo referente, el embajador Javier Pérez de Cuéllar, cuyo nombre honra a nuestra institución y cuya trayectoria proyecta, en el mundo entero, el prestigio de nuestra diplomacia.

Junto a la mística, está el *ethos* institucional, que heredamos de la Cancillería en el momento mismo de nuestra creación. Este ethos se centra en dos principios fundamentales: el espíritu de servicio y de lealtad al país.

A ellos se suman otros valores que consideramos esenciales en la formación de nuestros diplomáticos: el honor para defender lo justo, la disciplina para cumplir nuestro deber con rigor y profesionalismo, la resiliencia para sobreponerse a la adversidad y la adaptabilidad para actuar en contextos cambiantes.

Formamos a nuestros alumnos para servir guiados por una misión más grande que ellos mismos: proteger el interés nacional a través de la diplomacia, actuando siempre con integridad y con un compromiso firme con nuestros principios institucionales.

Por último, quisiera referirme a la institucionalidad.

Esta es la capacidad de nuestras instituciones para funcionar de manera estable, predecible y legítima, más allá de las personas que circunstancialmente las dirigen. No se trata solo de contar con normas y estructuras, sino de que estas gocen de credibilidad, continuidad y autoridad moral.

Todo ello permite que los procesos sean transparentes, que prime la meritocracia y que se mantenga el rumbo estratégico del Estado aun frente a coyunturas cambiantes.

En ese sentido, Torre Tagle y la Academia Diplomática son sinónimos de institucionalidad: un prestigio bien ganado a lo largo de más de dos siglos de historia diplomática y de setenta años de formación académica.

Cuidar la legitimidad y la confianza que el público deposita en nuestras instituciones es lo que nos permite contar con la continuidad necesaria para aplicar políticas de largo plazo, así como con la protección indispensable frente a los vaivenes políticos.

Pero para que esta misión continúe, no debemos regalar en la defensa de las normas que garantizan la rigurosidad en los procesos de selección, formación y perfeccionamiento de quienes tendrán la enorme responsabilidad de representar y defender al Perú en un mundo cada vez más complejo.

La Academia Diplomática, al ser la única vía de ingreso al Servicio Diplomático de la República, asegura un sistema meritocrático. Ello nos permite contar con funcionarios públicos probos y bien preparados. Dignos de recibir la

confianza que el Estado y la ciudadanía depositan en nosotros.

Por eso la Academia es permanentemente fortalecida y valorada por nuestra Cancillería. Otorgándole

Este papel se ha visto reforzado por nuestra capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, con una propuesta formativa renovada Que actualmente comprende cuatro grandes áreas de desarrollo de la malla curricular:

- a) Cursos académicos tradicionales en las temáticas de derecho, economía, relaciones internacionales e historia.
- b) Cursos por áreas geográficas y temáticas especializadas,
- c) Cursos de habilidades blandas,
- d) Cursos de gestión de especialidades de la Cancillería.
- e)

Ello asegura el espacio que se merece como institución académica fundamental de nuestra diplomacia.

La Academia Diplomática refleja hoy una tendencia sostenida de incremento en la participación de mujeres, tanto en sus aulas como en nuestro Servicio Diplomático. Somos un servicio civil de vanguardia en el Estado, y uno de los pocos

servicios civiles que existen en él, lo cual constituye motivo de legítimo orgullo para todos nosotros.

Este carácter pionero también es reflejada en la mayor presencia femenina en todas las categorías del escalafón diplomático. En la actualidad, alrededor del 40% de nuestros alumnos son mujeres y el 60% hombres, una cifra que muestra con claridad cómo avanzamos con los tiempos y fortalecemos un servicio que es, a la vez, más representativo e inclusivo.

Pero su función no se limita a preparar a los aspirantes al Servicio: también es reconocida como una fuente de producción y acervo de conocimiento, a través de sus publicaciones y eventos académicos.

En ese sentido, el reconocimiento internacional que hemos ganado se expresa con un hecho que nos llena de orgullo: este año, en el marco de nuestro 70º aniversario, el Perú será sede, en Urubamba, Cusco, de la 51^a Reunión Anual del Foro Internacional de Formación Diplomática (IFDT). Más de 80 instituciones de formación diplomática de todo el mundo se reunirán en nuestro país para compartir experiencias, intercambiar ideas y fortalecer la cooperación.

Agradezco al señor Canciller por su invaluable apoyo y presencia en este próximo evento internacional.

En ese mismo espíritu, reafirmemos nuestro compromiso con la mística, el *ethos* y la institucionalidad que nos definen, y que han sido la base de estos setenta años de historia. La Academia Diplomática del Perú “Javier Pérez de Cuéllar” seguirá siendo, como lo ha sido desde su fundación, la forjadora de las generaciones que representarán, con honor y lealtad, a la Patria en el mundo.

Muchas gracias y;

[Pausa]

¡Viva la Academia Diplomática del Perú!